

Una historia llena de nostalgia

María Ferreras de la Fuente

Soy María Ferreras de la Fuente y deseo contar mi historia como migrante. Nací en Villarrín de Campos, provincia de Zamora, España, el día 11 de marzo de 1946. Mi familia estaba compuesta por: mis padres, Matías Ferreras Parra y Nicolasa de la Fuente López, mis seis hermanos: Josefa, Manuel, Ernestina, Miguel, Balbina y Matías, todos nativos en Villarrín de Campos. Mi padre fue el primer telegrafista del pueblo, hombre honesto, muy responsable y querido por todos. Mi madre una santa mujer, como dicen hoy los hijos... ¡La mejor! A pesar de las carencias que pasábamos fuimos muy felices. Cuando mis hermanos mayores tuvieron edad de trabajar, en el pueblo no había posibilidades para ellos; los jóvenes migraban otros países. Mi padre que tenía un valor muy fuerte de familia, no quería separarse. Teniendo una hermana en Argentina vio la oportunidad para su hijo mayor, Manolo, con la idea de algún día unir a toda la familia, sacrificando el trabajo y su tierra que tanto quería. Con mucho dolor, mi hermano finalmente partió hacia la Argentina radicándose en Bahía Blanca, provincia de Buenos Aires, donde los esperaba la tía Balbina. Tres años después emigramos toda la familia.

Embarcamos un 11 de agosto de 1956 en el Puerto de Vigo. Yo tenía diez años cumplidos y la alegría de volver a ver a mi querido hermano, invadía mi corazón e impedía ver la distancia de lo que dejaba atrás. Una señora de mi pueblo me decía: “¡Ay Marujita! ¡Quién sabe si te volveremos a ver! A lo mejor estarás casada, con hijos o tal vez con nietos”. Yo pensaba: “Esta mujer está loca”. Para mi hermana más pequeña y para mí fue toda una aventura, estábamos deslumbradas, pues no conocíamos un barco y todo era juego, no podíamos imaginar el sentimiento de los mayores.

Desembarcamos en el Puerto de Buenos Aires, Argentina, un 30 de agosto de 1956. El reencuentro con mi hermano fue emocionante, reíamos, llorábamos; con tanta euforia y tantos que éramos saludó y abrazó a todos menos a mí, yo lloraba y mi madre dándose cuenta de la angustia preguntó que pasaba, le respondí: “Se olvidó de mí”. Mi madre le hizo señas y mi hermano se dio cuenta, entonces me abrazó y me dijo lo que siempre me decía en el pueblo: “a qué te ríes (yo reía). A que lloras (yo lloraba)”, así me di cuenta que no se había olvidado de “su hermanita”. Nadie puede imaginar la alegría que sentí. Ese mismo día nos trasladamos en tren a Bahía Blanca, donde sería nuestro lugar de residencia. En ese momento conocí a mi tía Balbina, la hermana de mi padre.

Poco tardé en darme cuenta de las palabras de la señora de mi pueblo pues tomé conciencia de la distancia que nos separaba y lo difícil que sería volver a mi tierra. Si bien estábamos todos juntos y rodeados de cariño, comencé a extrañar a mis amigas, mis juegos, mi gente, mi iglesia. Durante el día todo era fácil pero llagaba la noche y en medio del silencio me tapaba en la cama, hasta la cabeza, para que nadie me viera llorar. Muy cerca de mi casa, se encontraba un convento donde vivían monjitas, fue como tocar el cielo pues eran españolas, asique fue mi alivio y consuelo, me aferré a ellas y me enseñaron a bordar y a compartir juegos y valores con otras niñas, también inmigrantes, italianas y españolas.

También había una escuela a la que concurría con mi hermana menor, si bien recibí mucho cariño por parte de las autoridades del mismo, me sentí triste al no ser reconocidos los cinco años de escolaridad recibidos en España, por un error del director comencé mi escolaridad en Argentina en segundo grado. Fueron días difíciles, todo era desconocido y como si fuera poco lo que enseñaban ya lo sabía de memoria y me aburría. Llegaba a mi casa con mucha angustia, entonces mi tía que conocía a la vicedirectora, la puso en conocimiento de la situación. Me tomaron un examen después del cual se apenó de no haber realizado esto antes, pues lo único que pudo hacer fue que, a los quince días, pudiera avanzar un grado más. Esto provocó malestar en los niños que no comprendían la situación, lo cual me afectaba emocionalmente,

con paciencia la ayuda de las maestras pude superarla y entablar amistad con mis compañeros. Con todo esto me resultó fácil transitar los estudios. Extrañaba mucho a mis amigas, especialmente a una que se llama Herminia. Al llegar a la Argentina le escribí una carta de la que nunca tuve contestación, eso aumentaba mi tristeza; pero un día viajé a Mar del Plata, ciudad balnearia, en la que se habían radicado varias familias del pueblo, lógicamente las visitábamos, pues eso nos hacía sentir más cerca del terruño; entre ellas se encontraba una tía de Herminia al escucharme hablar con tanto entusiasmo y recuerdos de su sobrina, me regaló una foto, ¡qué alegría sentí! ¡Qué emoción! La guardé en mi cartera, pues así la llevaba siempre conmigo. Un día un ladronzuelo en el autobús me robó la cartera y con ella, la foto de mi amiga, ¡qué disgusto!, no por la cartera, sino porque nuevamente perdí a mi amiga. Después de muchos años Herminia vino a la Argentina a visitar a su tía, nos pudimos encontrar pero, ¡qué sorpresa!, no se acordaba de mi; yo le hablaba de tantos recuerdos, le daba datos precisos, pero ella no recordaba, claro, ella se quedó en España, siguió su vida, era yo la niña a la que trajeron a la Argentina y seguía con los recuerdos vivos esperando volver algún día.

Si bien nos alegrábamos de estar toda la familia reunida, mi padre y mis hermanos trabajando, mi hermana y yo en la escuela y mi madre con la rutina de la casa y cuidando del más pequeñín, que vino con tan solo tres meses de edad, no dejábamos de extrañar nuestras costumbres, nuestros bailes de los domingos, nuestros vecinos y amigos, fue así que mi hermano Manolo, que ya llevaba tres años de radicación, tenía un grupo de amigos, también españoles, que hacían baile y se reunían todas las familias que de España habían venido; de esa forma nos incorporamos a ellas y lo pasábamos muy bien, pues todos estábamos pasando por lo mismo. Cuando terminé la escuela comencé a trabajar en un comercio, tenía tan solo 14 años, mi acento y mis costumbres muy arraigadas, por lo tanto nunca falta aquella persona que se burla o menosprecia, yo era “La Gallega” y otros con cariño me llamaban “La Gaita”; no por eso dejé mi acento ni mis costumbres.

Mis hermanas Pepa y Ernestina se casaron con jóvenes nacidos

en Frieria de Valverde (Zamora), los cuales habían dejado su familia en España, por lo tanto tuvieron oportunidad de viajar y reencontrarse con el terruño y la gente que tanto extrañábamos. Cada vez que iban, mi corazón se iba con ellos y cuando venían teníamos largas conversaciones, pues quería que me contaran cada detalle; me traían dulces y se reían conmigo porque yo cerrando los ojos decía “Ummm ¡me transporto!”. Es increíble cómo le quedan a uno los sabores y los olores de su tierra, por ejemplo, cada vez que corto un tomate o un pimiento, le siento el olor y me transporta a mi tierra.

Me casé a los 23 años con un argentino, se llama Juan Antonio Echenique, del cual nacieron cuatro hijas: María Isabel, Analía, Verónica y Paula, de las cuales tenemos seis nietos. El 18 de enero de 2019 hemos cumplido los 50 años de casados y estamos orgullosos de la familia que tenemos.

Mi marido, ahora jubilado, trabajó en Radio Nacional Argentina, donde al cumplir 23 años de trabajo le dieron un premio en dinero el cual no dudó en utilizarlo para llevarme a mi querida España, la cual no veía hacía 42 años. No veía la hora de que llegara ese día 30 de junio de 1998 donde tomaríamos el vuelo, ¿cómo poner con palabras lo que mi corazón sentía? En el aeropuerto de Barajas nos esperaban mi amiga de la infancia Herminia y José, su marido; que emoción, cuánta alegría fue reencontrarme con mi niñez y mis seres queridos. Nos llevaron a Frieria de Valverde, paramos en la casa de Lionila (hermana de mi cuñado Valeriano); al día siguiente nos llevaron a mi pueblo Villarrín de Campos, ya en el camino mi corazón latía cada vez más fuerte y las lágrimas no las contenía, desde la carretera vi la torre de la iglesia y rompí en llanto y que les digo cuando estuve en la puerta de la casa donde yo nací, en aquel entonces casa de telégrafos, ahora un centro de jubilados; en ese momento me acordé lo que la señora Josefa me había dicho cuando era niña, “que quizás fuera casada, con hijos y tal vez con nietos” y fue así que llegué, casada, con hijos y en ese momento con una nieta, la pena fue que a la que me lo dijo, no pude verla porque ya había partido al cielo. Disfruté muchísimo esa semana que en mi pueblo estuve, visité la escuela que por 5 años fui tan feliz y adquirí tantos conocimientos, la

iglesia donde pasé mi niñez fue muy emocionante, la recorrí toda y en cada imagen que miraba me parecía que el tiempo no había pasado, y que decir cuando estuve frente al Cristo bendito de Villarrín de Campos, ¡Qué alegría y cuántas lágrimas de emoción! Así como también de toda la familia distribuida por Bilbao, Vitoria, Avilés (Asturias) y de unas amigas que están en Sevilla y Valencia; la sevillana fue la primera monjita que conocí al llegar a Bahía Blanca, y la valenciana fue vecina en el barrio donde yo vivía. ¡Qué placer fue encontrarme con ellas, ya que había compartido una parte de mi vida en esta tierra Argentina! Fueron dos meses maravillosos pero llegó el día de la despedida, eso sí que fue triste, primero porque siendo de Zamora, no pude estar en ella y después, por decirle adiós nuevamente a mi querida patria; fue muy doloroso pero siempre con la esperanza de volver; claro que esta vez, me esperaba en Argentina la familia que con mi esposo formamos, mis hijas, yernos, mi nieta, hermanos, cuñados y sobrinos.

Quiero contarles algo: antes de viajar, mi cuñado, que ya lo había experimentado, me dijo que me sentiría sin identidad, porque al llegar a España yo sería argentina, a lo que le contesté “¡No puede ser!, seré siempre española”, él sonrió. Al volver le di la razón; que sensación extraña, en la Argentina soy “la Gallega” y en España me decían “la Argentina”. Me costó un tiempo asimilarlo, llegué a la conclusión que digan lo que digan, quiero mucho a la Argentina, pero soy española.

Hace 12 años se formó en Bahía Blanca el Centro Castellano y Leonés¹. Mi hermana Ernestina integra la comisión directiva y yo soy colaboradora ya que mis actividades y la atención de la familia me impiden asistir a las reuniones, en lo que sí participo activamente es en los eventos que en él se realizan y cada año hago el pastel de aniversario. Estoy feliz de participar, pues eso me mantiene en comunicación con mi tierra y mis paisanos ya que somos cinco mujeres villarrinas, las cuales hacemos lo posible por transmitir nuestra alegría y el amor a nuestro terruño. En estos momentos también participan nietos de Ernestina y tres

¹ El Centro Castilla y León de Bahía Blanca se fundó en el año 2007. (N.E.).

de mis nietos. También mediante dulces típicos de nuestra zona, como las rosquillas morenas y los bollos revueltos que nos enseñó hacer mi madre; la gente que participa lo disfruta con entusiasmo ya que la mayoría que asisten son españoles o descendientes de españoles.

Cada año el centro castellano y leonés recibe algún pasaje para aquellos que no han viajado a su tierra o hace mucho que no lo hacen; me llenaba de alegría con aquel que viajaba y pensaba “¿algún día me tocará a mí?”, hasta que un día de agosto de 2018, el señor Cayetano Pacios, fundador del Centro le habla a mi hermana diciéndole que tenía disponible un pasaje para España, si ella sabía de alguien que quisiera viajar, sin dudas ella le contestó “¡Sí, mi hermana Maru!”. Esto fue a las 18:00 horas y a las 20:00 estaba mi documentación en España. La emoción y alegría que me dieron fue desbordante y el día 27 de agosto de ese mismo año viajé con un grupo del Centro Castellano y Leonés de Mar del Plata. Era la primera vez que viajaba sola, sin familia, pero la ilusión de ir a mi patria y poder finalmente estar en Zamora, me llenó de coraje. Del grupo que viajábamos, era la única nacida en España, lógicamente la ilusión y entusiasmo eran distintos, pues me sentía en mi casa, con los míos, y los mismos zamoranos decían que parecía mentira que viviera en la Argentina porque conservaba el mismo acento que ellos pues gracias a Dios conservo el acento castizo y aunque algunas burlas todavía provocho, eso me hace presente mi identidad. Por años que pasen, el migrante siempre vivirá con la nostalgia y el deseo de ver nuevamente sus raíces, mi pensamiento y deseo es que nadie se quede sin volver al lugar de su nacimiento. Fue muy gratificante los 15 días que en España pasé, la primera semana nos llevaron a visitar el pueblo de la familia de cada uno del grupo, fue muy bonito, pues para mí la mayoría eran nombres muy conocidos. El último día fuimos a mi pueblo, mis compañeros de viaje estaban atentos a mi reacción y una vez más lo primero que vi fue la torre de la iglesia y con mucha emoción dije “¡Estoy en mi pueblo!”, cuando me quise dar cuenta estaba en la puerta de mi casa, en realidad en la casa donde nací, porque siempre fue casa del Estado. Allí estaba el ayudante de la alcaldesa, el cual nos atendió muy cordialmente, también estaban María y Tato, que cuando supieron quién era, no olvi-

daré nunca con el cariño y la emoción con la que me recibieron. Visité a mis primas, a Miguel Ángel, que fue quien nos alojó en su casa en 1998, y por supuesto la iglesia. Entre risa y llanto pasé esa hora y media que allí estuvimos; y una vez más, la despedida. En ese momento se me vino a la mente cuando en 1956 salimos por primera vez del pueblo, la gente mayor aún lo recuerda, ¡cuánta tristeza ver a toda una familia partir! Parece que lo estoy viendo, todo el pueblo salió a la plaza a despedirnos; un camión nos llevó hasta la estación de La Tabla, toda la gente lloraba y mi hermana, que tenía siete añitos, no quería subir, pues quería quedarse, ¡tan pequeña y cómo expresaba sus sentimientos! De mi parte.



Mis padres



La familia en el casamiento de mi hermano Manolo.



Vapor en el que viajamos a Argentina.



Foto de familia cuando eramos jóvenes.



Foto de familia reciente.



En la Casa de España de Bahía Blanca.



Catequistas.